Como Dios manda

Drama en tres actos y en verso

Original de

D.n Ramon Franquelo y Rom[illegible]

8

Personages.

María
Rosario
Elena
Enrique
Manuel
Eduardo.

Como Dios manda.

ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de Enrique, con puertas laterales y al fondo. A la derecha, una chimenea en segundo término, y cerca de ella, una mesa de escribir, con papeles, tintero, periódicos, etc. y una lámpara encendida. A cada lado de la mesa, un sillon. La puerta de la derecha dá entrada al cuarto de Enrique; la de la izquierda en segundo término, al de María. En el primer término del mismo lado, un sofá, y delante, un velador con libros. La puerta del fondo conduce al interior de la casa y á la calle. A cada lado de esta puerta una mesa con candelabros encendidos, floreros, relojes, espejos, antigüedades, etc.

ESCENA I

Enrique.—Sentado á la mesa de escribir, en el sillon que dá espalda á la chimenea, repasa una carta que tiene en la mano.

Enrique ¡Pobre amigo! Desgraciado
el que un dia en la opulencia
baja luego á la indigencia
de todos abandonado!
De amargo dolor, de hiel

estará su alma tan llena,
que rebosando la pena
de pena llenó el papel.
(Lee.) «No quiera Dios que por tí
pase; tu el mejor testigo
no lo creerás: ni un amigo
tengo que mire por mi
ahora que en la enfermedad
de mi muger, todo es poco.
Si me olvidas, muere loco
de hambre y pena, Trinidad.»
De hambre y pena! Tantos años
pobre y sin pedirme ayuda!
Es que ya probó, sin duda,
el pan de los desengaños.
Sí; mañana mismo espero
que podré uua cantidad...
ahora verás Trinidad,
ahora verás si te quiero.
(Saca una cartera del bolsillo y de ella un retrato de fotografía, y vuelve á guardarla con la carta.)
Así de ponerlo trato
de la miseria al abrigo.
(Escribiendo en el retrato.)
¡Pobre! «A Trinidad, su amigo
Enrique.» Ahora mi retrato,
y el oro que necesita
por lo pronto, irán unidos,
y se verán sorprendidos
por esta doble visita.
De este mi placer profundo
gozará María tambien.
¡A qué poca costa el bien
se puede hacer en el mundo!
¡Oh amigo! tu triste historia
resonó en el alma mía.
Seguramente María
ya de él no tiene memoria.
Lo estoy viendo y no lo creo;

tan rico y hoy pan impetra!
Nada; mañana, la letra
y el retrato, en el correo.
Alíviese su muger,
que es lo que hoy por hoy ansía,
y luego... (Aparece María en la puerta de su cuarto.)
¡Doña María!
Feliz quien te logra ver!
(Se levanta.)

ESCENA II

Enrique.—María.

María Pues acaso estuve oculta?
No hemos hecho mas que alzarnos
de la mesa...
Enrique Y separarnos.
Mira: tengo una consulta
que hacerte, y, dicho en verdad,
no hay otra alguna mas grata
para mí.
María ¿De qué se trata?
Enrique De una obra de caridad
María ¿Otra?
Enrique Pero ineludible.
María Enrique, marcha con calma.
Enrique Esta me ha llegado al alma.
María No he visto alma mas sensible
que la tuya.
Enrique Hija: en rigor,
yo entiendo que no es cristiano
el que nunca abre su mano
para calmar el dolor;
y haces mal en poner frenos
al que ejerce la virtud.
La virtud es la salud
para el alma de los buenos.
María Mas dando siempre, á un abismo
irás por necesidad,

y, Enrique, la caridad
empieza por uno mismo.

Enrique Sí, sé que tienes razon...

María No hay bolsillo que resista...

Enrique Vamos, no seas egoista;
ensancha ese corazon.
Yo contar contigo quiero,
por asociar mi muger...

María Y qué tengo yo que ver
con que tires tu dinero?

Enrique Muger, por Dios! es tirarlo
socorrer á la indigencia?
Cuando se hace con prudencia,
¿en qué mejor emplearlo?
Vaya, no pienses así
que de oirte me dá pena.
A no saber que eres buena,
hasta dudara de tí.

María (¡Ah!)

Enrique Pero ya falta poco
para el teatro: vienes?

María No.

Enrique ¿Y he de ir solo siempre yo?

María Pues no vayas tú tampoco.
No hallo la necesidad
de salir todas las noches.

Enrique ¿Comienzan ya los repoches!

María Pues qué ¿no digo verdad?
Siempre sola, abandonada!...

Enrique Considera...

María O poco menos

Enrique (Sonriendo.) Aquí se truecan los frenos,
yo callo y...

María Ya estoy callada.

Enrique No, no digo que te calles,
aunque ese callar prefiero,
pero, Maria, no quiero
que así conmigo batalles.
Por el mas fútil motivo

siempre me argulles sin tasa,
y así, me encuentro en la casa...
poco menos que cautivo.
La conversacion, es buena,
y teniendo discrecion,
cada frase es eslabon
de una agradable cadena;
mas si á la primer palabra.
del esposo, la muger
ya tiene algo que oponer,
solo su desdicha labra,
que siempre sabrá el marido
otros placeres hallar,
concluyendo por dejar
su muger en el olvido.

María ¿Acabó ya la leccion?

Enrique No pretendo ser maestro,
pero hija, el vivir nuestro
necesita correccion.
Seis años no van pasados
aun, desde que nos unimos
y ya cual otros vivimos
á los treinta de casados;
y si lo siento por ti,
como es justo que lo sienta,
tú puedes sacar la cuenta
si lo sentiré por mi.
En fin; si nó tienes gana,
yo, francamente, la tengo,
y antes á todo me avengo
que á perder hoy la «Africana».
(Entra en su cuarto.)

ESCENA III

María.—Manuel, que ha oido los últimos versos desde la puerta del foro, luego **Elena.**

Manuel Riña tenemos, de fijo.

María Tio Manuel. (Yendo á él.)

Manuel Vaya por Dios
María La dicha huyó de los dos!
Ah! ¿Porqué no tengo un hijo?
Manuel Ya vendrá.
María En vano lo espero:
cuanto más el tiempo avanza,
mas remota es la esperanza
y esperando, desespero.
Manuel (Malo!)
María En mi pecho lo siento:
para ser madre nací
y ese afan que guardo aquí
es de mi vida el tormento.
Manuel Maria! Poquito á poco.
(Me dá miedo de esta chica!)
¿Qué quieres? ¿No has de ser rica?
¿No está Enrique por ti loco,
y á tus caprichos te aviene,
y en tí mirándose está?
Pues si Dios no te los dá
será que no te conviene.
María Ah, no, tio! no hay ninguna
ilusion para el sentido
mas grata, que ver dormido
un hijo nuestro en la cuna;
ó cuando rie y jorgea
y en alegria deshecho
busca de su madre el pecho
jugando y lo palmotea,
mientras ella con amor
de madre y de dicha loca,
vierte del niño en la boca
su sangre en dulce licor!
¡Ser madre!
Manuel Y estar en vela
con un chico impertinente
primero, por que echa un diente,
luego, porque echa una muela,
despues, por el sarampion

y el destete y la escarlata,
ó por que estira la pata
y se acaba la funcion.

María No niego que haya disjustos. (Sentándose).

Manuel Pero cuantos y que fijos!
Desengañate: con hijos
no se gana para sustos.
Ah! si viviera tu madre,
ella misma te diría....
Pobrecilla hermana mia!
Así fué tras de tu padre.
Vamos, pensarlo no quiero:
solo con criarte á tí
lo que es ser padre aprendí
y me vá muy bien soltero.

María Cuanto soy le debo.

Manuel Es obvio.

María Vaya, y tanto!

Manuel Quita, quita.
Tu eras buena, y muy bonita,
y yo rico, y hubo novio.
Claro: ¿quien puede escapar
á tan formidable red?

María Pero tio, siéntese V.

Manuel Pues no me quiero sentar.
Yo no me siento en mi vida
mas que al montar á caballo.
Cada dia que pasa, hallo
la sociedad mas perdida.

María ¿Por sentarte? (Sonriendo.)

Mannel Sí, señor;
siempre quieta, en la molicie;
para que el alma se vicie
no hay ocupacion mejór.

María V. siempre tan severo

Manuel Yo pienso á lo militar;
y además, no te he de hablar
tirando líneas primero.
Como lo siento, lo digo,

y si te parece ruda
mi franqueza...

María Quién lo duda.

Manuel Pues tener paciencia, amigo.

María Fué una broma, tio Manuel;
V. diga lo que quiera.

Manuel Lo que quiera... si yo fuera
tu marido... Vamos ¿y él,
dónde está?

María Se fué hace un rato
á vestirse.

Manuel ¿Vá á salir!

María Sí; no tardará en venir.

Manuel ¿Y tú!

María Yo no.

Manuel (Tomando el sombrero.) (Mentecato.)

María Qué ¿no espera?

Manuel No, me voy.

María Espere V. un momento;
Siéntese V.

Manuel Ni me siento
ni por esperar estoy.
Mañana, que es cumpleaños
de vuestra union, volveré.

María A comer.

Manuel Bien, comeré.

María Ay, tio Manuel!

Manuel ¿Qué hay?

María Seis años!

Manuel ¿Te pesa!

María No es que me pese,
pero...

Manuel ¿Qué!

María No soy feliz!

Manuel Pues, hija, mucha nariz:
todo tu cuidado es ese.

María Inútil es ya el cuidado
si el alma llegó á enfermar!

Elena El señor de Salazar.

María (En qué ocasion!)
Manuel (Se ha turbado!)
María Que pase. (Vase Elena.)
Manuel (Que hacer no sé.)
Adios.
María ¿Por fin?
Manuel (Yéndose.) Mas no aguardo.
Eduardo Don Manuel. (Dándose las manos.)
Manuel (Con frialdad.) Ola, Eduardo.
Eduardo ¿Se marcha?
Manuel Si. (Volveré.)

ESCENA IV

María.—Eduardo.—Enrique.

Eduardo (Que trae una silla y se sienta junto al sofá.)
Dichoso el mortal, María,
que logra ver su belleza.
María Eduardo, mal empieza [illegible]
V. y de su hidalguía
espero lugar no dé
á otra escena lamentable.
Eduardo De ello no hay mas que un culpable
y es su belleza de usted!
Belleza que me arrebata
sin que goce su presencia,
fantasma de mi existencia
que al tocar se desbarata,
sin cesar busco su huella
luchando en tenaz porfía,
y ya es preciso María
que termine esta querella.
Si en la virtud, el camino
nos obstruyó un muro eterno,
sea como quiera el infierno,
pero cúmplase el destino.
(Le toma una mano.)

María Suelte V.: de Enrique siento
pasos.
Eduardo Prometa V. antes
que abreviará los instantes
de cumplir su juramento.
María Bien...
Eduardo Pero ¿cuando?
Por Dios,
Eduardo. (Se deshace de él.)

ESCENA V.

Dichos.—**Enrique.**

Enrique Ya estoy listo.
Eduardillo!
María (Nada ha visto.)
Enrique Venga esa mano!
Eduardo Y las dos.
Enrique ¿Tu por aquí?
Eduardo Si, he sabido
que asciendes á secretario...
Enrique (Con malicia.)
Te lo habrá dicho Rosario.
Eduardo Ciertamente, y he venido
á daros la enhorabuena.
Enrique Creyendo encontrarla aquí.
María No tardará mucho.
Enrique Si;
aqui almuerza, come y cena.
Eduardo ¿Y vas lejos?
Enrique No, á Paris.
Eduardo ¿Y cuando? (Mirando á María.)
Enrique En esta semana:
quizás pasado mañana.
Eduardo (Mira de nuevo á María y esta se turba.)
Pues, hombre, ha estado en un tris
veros; sinó es por Rosario...

ESCENA VI.

Dichos **Elena.**—luego **Rosario.** (1)

Elena La señora de Carrillo. (Vase.)
Enrique ¿Vienes al teatro, Eduardillo?
Eduardo Vamos.
Rosario ¡Señor secretario!...
Don Eduardo... Adios María....
(Vá dando á todos la mano.)
María Adios, Rosario. (Se levanta.)
Rosario ¿Qué tal?
María No muy buena.
Enrique (Con vivo interés.) ¿Te hallas mal?
Rosario Algo de melancolía,
(Dándole palmaditas en la cara.)
gachitas; que, casi nada:
no sé como te hace caso.
Ah! Diré á ustedes de paso:
vengo lo mas sofocada.
Enrique ¿Qué pasa?
Rosario ¡Una friolera!
María ¿Pero á tí?...
Rosario No, felizmente;
Verás: vi llena de gente
la calle de la Montera,
y como era estraordinario
el gentio y murmuraban
todos y todos miraban
en casa de un boticario,
yo, entonces, mandé parar
al cochero, y en un salto,
aun me dura el sobresalto,
¡nunca llegára á bajar!
María Acaba.
Rosario En fin; magullada

(1) La actriz encargada de este papel, debe tener en cuenta que se trata de una señora jóven y elegante.

y apretando, me abrí paso
y ví... ¡que horror!

Todos ¿Qué?

Rosario Es el caso,
pues... lo que es ver, no ví nada;
pero...

Todos Já, já, já,

Rosario Es decir,
lo que yo ví fué la puerta.

Eduardo ¿No mas?

Rosario Si no estaba abierta!

Todos Já, já.

Rosario Vamos, no reir,
que el lance es algo mas sério
de lo que creen.

María Pero acaba...

Rosario Segun lo que se contaba
allí...

Enrique ¿Pero es un misterio?

Rosario No, señor: una muger,
que allí mismo la encontró
su marido, y la mató
por celos de un mercader.

María ¡Ah! (Mirando á Eduardo.)

Eduardo Que atrocidad!

Enrique ¡Que horror!

Rosario Merecido lo tenía. (A Enrique.)
En su caso V. ¿qué haría?

Enrique Otro castigo hay mayor.

Rosario ¿Mas que morir?

María (Que sufrir!)

Rosario Pues no lo alcanzo, en verdad.

Enrique Ah! Para la liviandad
no es un castigo morir.

Rosario ¿Como no? La discusion
en tal caso no es posible.

Enrique Otro hay mucho mas terrible!

Rosario ¿Mas que morir?

Enrique La espiacion!

Para la que en vil consorcío
trueca el matrimonio santo,
hay tal pena, que ni el llanto
puede endulzarla: el divorcio.

Rosario El divorcio! (Sonriendo.)

Enrique Que remuerde
y mata.

Rosario Creo lo contrario.

Enrique Eso es que V., Rosario,
no observó que á la que pierde
la estimacion, por su mal,
aunque afecte honra y denuedo,
se la marca con el dedo
y ese dedo es un puñal.
(María se vá inmutando gradualmente.)
Es que V. no se ha fijado
en que el mundo, harto indiscreto,
calla á voces el secreto
delante del deshonrado;
ni vió cual pierde la calma,
careta del deshonor.
á medida que el rumor
le repercute en el alma;
ni que toma por agravios
cualquiera frase inocente,
y por burla impertinente
cualquier contraccion de lábios;
ni que esa calma aparente,
que parece no hay quien venza,
trueca en olas de vergüenza
que van subiendo á su frente:
ni tal vez tuvo ocasion
de ver su pecho deshecho
y manándole del pecho
la sangre del corazon.
Si opina V. de tal suerte
es que no vió esa agonía,
viéndola, preferiría
á la deshonra, la muerte.

Rosario Entonces obró muy bien
ese marido engañado
pues no quiso deshonrado
vivir mas tiempo, y tambien
V. que es hombre con honra
de igual manera obraría
y á su esposa mataría
por evitar la deshonra.

Enrique La ley del Crucificado
mi corazon atesora
y'el que así piensa, señora,
no puede ser un malvado.
Yo en mi podré preferir
la muerte, pero matar!
como lo ha de aconsejar
quien nace para sufrir.
Sí es una lucha la vida,
luchemos, mas inhumano
el hombre, nunca en su mano
tome el cuchillo homicida.
No hagamos mas infinito
el mal, obrando peor,
que las manchas del honor
mas las ensancha el delito.

Rosario Tu qué opinas? (A María.)

Maria (Que horroroso
malestar.)

Rosario Di.

Maria Yo!...

Rosario Si tal.

Eduardo (Cortando la conversacion.)
Me voy; lo sentimental,
chico, me pone nervioso.

Enrique Tienes razon: vamos?

Eduardo Vamos.

Rosario ¿V. tambien? (A Eduardo.)

Eduardo Si. María. (Dándole la mano.)
Vuelvo. (Bajo á María.)

Rosario (A María.) Te haré compañía.

Eduardo (A Rosario.) Señora...
Rosario (A Eduardo.) Que nos veamos.
(A Enrique.)
Y V. que no pierde ripio...
Enrique (Bajo á Eduardo.)
Esta nos vá á dar la noche.
Rosario Aproveche V. mi coche.
Enrique Si ahora irán por el principio.
Rosario No le hace.
Enrique Acepto.
Rosario Hasta luego.

ESCENA VII

Maria.—Rosario.

Rosario (Quitandose el sombrero delante de un espejo.)
Conque mala, eh?
María (Sentándose en el sofá.) No estoy buena.
Rosario Eso no valdrâ la pena:
sientate aquí junto al fuego.
Hace un tiempo tan ingrato!
No cesa de caer nieve.
Que llover! y cuando llueve
en Madrid, hay para rato.
(Volviendo al lado de María.)
Con que, á Paris?
María Si; un amigo
de tio Manuel vió la instancia
de Enrique, y...
Rosario ¡Que gusto! ¡A Francia!
Ay! quien se fuera contigo.
María Pues vente.
Rosario Bien lo quisiera,
porque me aburro en el ocio,
pero ahora tengo un negocio,
el pleito, y no hay...
(Haciendo ademan de no tener dinero.)
María (Con cariño.) Cicatera.
Rosario Ni un cuarto; te hablo formal.

María ¿Pues no has ganado el proceso?
Rosario Precisamente por eso
me he quedado sin un real.
María Tan rica y piensas así!
Rosario No miserable no soy,
pero chica, yo no estoy
porque el mundo hable de mí;
y cuando una es regular
y rica y jóven y viuda,
el cielo venga en su ayuda
sinó quiere naufragar.
Tu, siendo casada, evitas...
Ay! si viviera Carrillo!
Ya se vé; si hay tanto pillo!
¡Que lenguas! ¡que lengüecitas!
Vamos, si por murmurar...
¿No dicen que tu marido
con una chica ha tenido?...
ya ves que afan de charlar...
María Yo en Enrique solo veo
amor, y aunque no lo viera
soy demasiado altanera
para escuchar...
Rosario Ya lo creo.
Tener él una querida!
Faltarte el que hace ocho años
en el lance de los baños
espuso por tí su vida!
Por supuesto: así está España.
Hay gentes aquí en la corte
que irían al polo Norte
solo por meter cizaña.
María Sin embargo tu...
Rosario Hija mia,
mas callada que un cerrojo;
y mira tu que recojo
noticias en todo el dia
Si yo hablar me propusiera!...
pero no me dá la gana

de pasar por charlatana,
no; yo soy de esa manera.
Ahí tienes la de Cumplido
que todo me lo confía:
pues me dijo el otro dia
que le era infiel su marido.
Y á quien se lo he dicho yo?
Pues qué, al viento así se lanza?...
Si no hubiera confianza,
¿te lo hubiera dicho? no.
Nada, eso no es para mí,
y nunca el menor agravio
sabrá nadie por mi labio.
Qué quieres; yo soy así.

María Pues si algo te ocurre, avisa;
ya que estamos *vis á vis*...

Rosario ¿Yo encargar nada á Paris?
No, no lo tomes á risa.
Guardo tal odio en mi pecho
á todo lo que es francés
que andaría del revés
porque ellos van al derecho.

María Como tú misma digiste
que venir te gustaría
con nosotros, yo creia...

Rosario Hija mia; eso consiste ..
en lo que consiste.

María Ya.

Rosario ¿Pues no lo sabes taimada?
¿Quien me dió á mi la tostada
mas que un francés?

María Ajajá;
y á lo que das importancia
es á ver al novio.

Rosario Pues,
pero como él es francés
y un pillo, detesto á Francia.

María Já, já, já; como me rio
no sé.

Rosario Veo que estás mejor.
¿Has entrado ya en calor?
María Eso fué algun desvarío.
Rosario Cá! en su amor no habia duda,
mientras estuve casada,
pero como soy honrada,
cambió al quedarme viuda.
¡Tuno!
María En tu mente está fijo.
Rosario Ay! cómo no lo ha de estar!
El ~~que~~ se queria casar,
mas, como yo tengo un hijo.
Que, nada mas que una escusa
para ver de entretenerme.
¡No se atrevió á proponerme
que lo metiera en la inclusa!
María Rosario; por Dios te ruego...
Rosario Sí, ya sé que mueve á risa.
¡Franceses! Ni á su camisa
le tienen ellos apego.
Que no haya en tu compañia
uunca un francés! te lo encargo!
Mira que es cada uno un sargo...
Vamos, yo lo sé María.
María Exageradas son esas
conclusiones.
Rosario Hija mia,
yo que tú, no trataria
ni franceses ni francesas.
María Tú exageras. Yo esa tierra
conozco tambien, y acaso....
Rosario Sí, pero eso fué de paso
cuando fuísteis á Inglaterra.
Vuestra estancia fué muy corta
para conocer los bienes...
Pero, chica; tú algo tienes.
No hablás: estás como absorta!
Vamos: la contemplacion
y aquel mirar siempre fijo

de la que no tiene un hijo
que ensanche su corazon.

María No tal...

Rosario Sus juegos sencillos
matarían tu pena negra.
Tú no sabes lo que alegra
tener un par de chiquillos.

María Es verdad, sí; tu esperiencia
comprendió al fin mi agonía.
Ah! Por un hijo, daría
la mitad de mi existencia.
A qué negarlo? Ni puedo...
ni quiero. Nada mitiga
este afan, querida amiga,
que llega á causarme miedo.
Cuando contemplo mi alma
y mis deseos, á solas,
siento aquí rugir las olas
de un revuelto mar sin calma,
y en este embate horroroso
que sin cesár me atormenta,
solo hallo un dique: la afrenta
de mi honor y de mi esposo.
¡Honor! ¿Cuál es? ¿Dónde empieza
tu justicia, si es rigor?
Maldito sea el honor
que ata la naturaleza.

Rosario Hija; no eres de mi grey.

María Sí; porque el mundo insensato
no perdona el que al mandato
se revela de su ley.

Rosario Ese ya es otro cantar.
Yo, entre tantos pareceres,
sigo el que dá á las mugeres
la facultad de pensar.

María En esas inconveniencias
es donde muerde la crítica.

Rosario Pues lo aclama la política
que es la mayor de las ciencias.

Como tu busques las hormas
que ajustan en sociedad,
te quedas en libertad
de obrar, guardando las formas.

María ¡Las formas! Nécia falsía
que la sencillez destierra;
red que la verdad encierra;
cuna de la hipocresía!
¡Las formas! Llevas razon;
la sociedad tiene á empeño
que esté el semblante risueño
aunque estalle el corazon.
¿De qué te sirve pensar
sinó puedes?...

Rosario Hija mía,
acéptese la teoría
y...

ESCENA VIII

Dichas.—**Elena**.—**Eduardo.**

Elena El señor de Salazar. (Vase.)

María (Dios me valga!)

Rosario ¡Ola!

Eduardo Señoras...

María Tan pronto! (Con intencion.)

Eduardo Solo un momento
se tarda llevando coche.

Rosario ¿Y deja el debut? (Arreglándose el tocado con coquetería.)

Eduardo Por eso
precisamente me vine.
¿Quien oye, si es un estruendo
de los diablos! Hay tal ruido
tal calor, tal movimiento,
y un charlar, que no sé como...

Rosario Estará el Real hecho un cielo.
A mí me habló la de Céspedes
de ir, esta mañana, pero

como supe tu viage,
no quise dejar de veros.

María Mil gracias, Rosario.

Rosario Que.
gracias, ni que niño muerto.

Eduardo Además, como su coche
de V. llevamos, he vuelto...

Rosario ¿Y se ha molestado V.?

Eduardo ¿Molestarme? Ni por pienso;
antes al contrario.

Rosario (Componiéndose el vestido.) Gracias.
(Viene por mi.)

Eduardo Suponiendo
que tal vez quisiera V.
marcharse, y por si el cochero
se detenía, he venido...

Rosario (Quiere acompañarme) Bueno;
de todos modos, mil gracias
por tanto favor. (Levantándose.)

María (Deteniéndola.) ¿Qué es esto?
¿marcharte tan pronto?

Rosario Mira
que es tarde.

María No lo consiento.

Eduardo (Quiere detenerla.)

María (Quiere
que se vaya.) Un rato al menos...

Rosario Me quedaré, pero un rato
nada mas.

María (Respiro!) Hablemos
del Real.

Rosario Ah! si: cuente V.
¿Con que tanta gente?

Eduardo Un lleno.

Rosario Toda la *high-life!*

María Es claro.

Eduardo Pues mire V.; lo que menos
he visto son conocidos.

Rosario ¿Estaban las de Burrueso?

Eduardo No, señora.
Rosario ¿Y las de Chico
el General? Por supuesto
que esas no...
María Si están de luto.
Eduardo Y sin embargo un asiento
del palco estaba ocupado.
Rosario ¿Por quien? ¿por el forastero
que pretende á Clara?
Eduardo Justo.
Rosario ¿Y ese señor, quien es?
Eduardo Creo
que es rico.
Rosario ¿Y se llama?
Eduardo Lopez.
Rosario Me lo figuré al momento.
Rico y Lopez, quien lo duda?
debe ser chocolatero.
María Que Rosario. (Sonriendo.)
Eduardo Tiene V....
Rosario El mismo olfato de un perro,
¿no es verdad?
Eduardo Yo ibo á decir
penetracion y talento.
Rosario Lisongero! Pues, señor;
me retiro. (Levantándose.)
María ¿Qué, no hay medio
de que estés un rato mas?
(Todos se ponen de pié.)
Rosario Hija, ya es tarde y no quiero...
Eduardo (Mirando su reloj.)
Verdad que no es muy temprano.
Rosario (Se viene.) Nada, te dejo.
Mañana vendré tambien
á acompañarte, y...
María Me temo
que no has de venir.
Rosario ¿Porqué?
María Por lo mismo que deseo

que vengas.

Rosario Te lo aseguro.
Pero, chica ¿y mi sombrero?

Eduardo Creo que es este. (Lo toma y se lo dá.)

Rosario Muchas gracias.

María Deja que yo...

Rosario Ya está puesto.
Conque, adios, y hasta mañana.
(Se dan la mano.)

María Adios, pues.

Rosario (A Eduardo). Vamos?

Eduardo Me quedo.
un momento aun.

Rosario (Con marcada estrañeza.) ¿Qué se queda V.!

Eduardo Señora... yo siento...
pero...

Rosario (Con intencion.) Páselo V. bien.
Adios. (A María.)

Eduardo (Ya es mia!)

María (Yo tiemblo!)

ESCENA VX

María.—Eduardo.

Eduardo Y bien, María.

María Ah! Eduardo,
váyase V.; se lo ruego
en nombre de esa pasion
que, segun dice, aun despierto
en su corazon. Rosario
se ha apercibido, y me temo
una imprudencia.

Eduardo ¿Marcharme!

María Sí, por Dios.

Eduardo ¿Y cómo puedo
marcharme, si al dulce iman
de sus ojos, estoy preso?

María Por piedad, váyase V.!

repare...

Eduardo No, nada quiero
reparar.

María Si Enrique viene!....

Eduardo Estíngase antes el fuego
que me devora insaciable;
funda mi color el hielo,
la dura roca que encierra
en blanda forma ese pecho;
goce un instante siquiera
el inefable contento
de mirar entre mis brazos
la muger que adoro, y luego...

María Luego!

Eduardo Luego, hermosa mia,
la dicha!... Mares inménsos
de placer inagotable,
que ambos á dos surcaremos
en el bagel del amor
hasta las puertas del cielo.

María No: no; luego el abandono...

Eduardo Nunca!

María Si; el remordimiento,
la desdicha!...

Eduardo ¿Cómo piensa
V. María, que puedo
abandonar á quien amo
mas que á mi existencia? Un término,
pago tal, cómo daría
quien aspira solo al premio
de amarla? ¿Se puede acaso
olvidar nnnca...

María (Aterrorizada.) ¡Silencio!
¿No oye V. pasos?

Eduardo (Escuchando.) Nada oigo.

María Ay! De sus pasos los ecos
sonaron en mi conciencia
y en mi maldad se estinguieron.

Eduardo ¡Maria!

María Aléjese V.
Eduardo: no luchemos
mas tiempo con el destino,
y pues que le plugo, adverso,
para siempre separarnos,
que se cumplan sus decretos.
Márchese V.
Eduardo No; jamás.
María Qué intenta V.!
Eduardo Solo intento
que á mi pasion corresponda
como á ello tengo derecho.
María Por Dios, Eduardo!
Eduardo María,
con inútiles lamentos
no se apagan los volcanes
que sus cráteres abrieron.
Lava de amor, lava hirviente
que ya quema mi cerebro
y á estallar próxima, corre
por mis venas, un pretesto
necesita nada mas
para que salte, y rugiendo
cual horrible catarata
todo lo estinga violento.
María Ah Eduardo! por piedad
déjeme V.
Eduardo Mis deseos
se han de cumplir.
María ¡Ay de mi!
Eduardo María! demente, ciego,
desesperado de amor,
todo obstáculo es pequeño
para llegar hasta tí.
Cuanto te amo! (Rodeándole la cintura.)
María (Con abandono.) Eduardo...
Eduardo El velo
misterioso de la noche,
favorece los proyectos

del amor, y yo te adoro
(Intentando besarla.)

María ¡Ah! (Dá un grito y se aparta de Eduardo ocultando el rostro entre las manos.)
¡Dios me asista!

Eduardo Acabemos,
María.

María Váyase V. (Con resolucion.)

Eduardo Bien, me iré; pero le advierto
á V., que antes de una hora
sabrá Enrique....

María ¡Santo cielo!
Eduardo, eso es infame!

Eduardo En su mano está el remedio.
Elija V.

María No es posible;
V. tiene honor....

Eduardo Si tengo,
pero tambien tengo el alma
abrasada por el fuego
de una pasion, que devora
todo mi ser.

María Piense al menos,
Eduardo, en mi decoro,
ya que yo lo pisoteo.
Por aquel amor que un dia
mas feliz, le tuve, espero
que me salve de la afrenta
de un escándalo!

Eduardo Prometo
marcharme ahora mismo, si antes
me hace V. el juramento
de que mañana ha de ser
mia.

María (Violentándose.) Si, lo juro.

Eduardo El misterio
mas recóndito y profundo,
envolverá este secreto.
A la media noche....

María Si.

Eduardo (Le toma una mano y se la besa.)
Adios, Maria!

María (Dejándose caer en un sillon.)
Yo muero.

ESCENA X

Maria.—luego **Elena.**

(Pausa.)

María ¡Contra mi honor le dí cita!
¡Qué he hecho, señor, qué he hecho!
Infeliz la que en el pecho
siente una pasion maldita.
De una inestinguible llama
se abrasa mi pecho al fuego,
pero si el amor es ciego
cegar no debe quien ama.
¿Como acceder á ese amor?
¿y mi honra? sufre y llora
corazon, mas cumple ahora
la dura ley del honor.
Ya Rosario apercibida,
en cualquiera frase ó gesto
podrá encontrar un pretesto
para juzgarme perdida,
y hasta de mi honor en mengua
sabrá formar la opinion
pregonando mi baldon
con su viperina lengua.
Esa cita es imposible,
si; muera aquí mi deseo.
(Se dispone á escribir y al coger la plumo, vé el retrato y lo toma.)
¡Dios mio! ¡Que es lo que veo!
¡Que sospecha mas horrible!
Yo en tal lucha por su honor
y ocultando él su maldad,
me engañaba: (Leyendo.)

«A Trinidad
su amigo Enrique.» ¡Ah traidor!
¿Con qué es verdad? ¿Con que aquella
que me refirió Rosario!...
Bien: en el mismo calvario
hemos de sentar la huella.
¡Ah Enrique! La misma herida
vas á sentir que yo siento.
Tu sufrirás el tormento
atroz de la fé perdida.
Yo descorreré los velos
de mi amor, si; yo me encargo
de hacerte ver cuan amargo
es el cáliz de los celos.
A tu proceder bastardo
responderá mi maldad;
á tu amor por Trinidad
mi pasion por Eduardo.
Luchen núestros corazones,
mi rencor ya nada escucha:
luchemos, aunque en la lucha
salga el honor en girones. (Toca el timbre.)
Yo te juro por mi vida
que el juego será espantoso.
(A Elena que entra por el fondo.)
Cuando regrese mi esposo
le dirás que estoy dormida...
que indispuesta me sentí
y aguardarle no he podido.
(Elena la sigue á su cuarto.)
Quédate. (Vase con el retrato.)

Elena Algo ha sucedido.
¡Señor! ¿qué ha pasado aquí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

La misma decoracion.—Es por la tarde.

ESCENA I

Elena—arreglando el cuarto.

Elena Pero, señor, mire V.
que tambien es cosa buena
tener que ocuparme yo
de flores y... mas valiera
que no hubiera despedido
al chico ni á la doncella,
y no que así tengo ahora
que asistirlos á la mesa
y hacer todos los mandados
y tratar con todas estas
musarañas, que no sé
como tengo ya paciencia.
Digo, ¿le parece á V.
el primor? Dos candilejas,
una alcuza de hoja lata,

(Tomando un plato antiguo.)
¿y esto, qué es? Una cazuela
rota. Já, já: si parece
mentira! Ja, já, y que fea!
Mas bonita compré yo
una ayer á la trapera
del rastro por real y medio,
y era loza de Valencia!
Pero esta será de China
y habrá venido de América
en ferro-carril, y en algo
ha de estar la diferencia.
(La pone en su sitio.)
Vaya un gusto de señora!
Lo que no sé es como deja
el amo á la señorita
que lo compre todo: apenas
si necesita dinero!
Como siga así, á la vuelta
de un año, no tiene un cuarto.
Que lástima de correa!
Solo en libros y cacharros
y en esta quincalla vieja,
gasta la señora el doble
que su esposo, y como venga
él á decirle que tiene
que socorrer la indigencia,
tuerce el hocico y se pone
que se la lleva patetas.
Por supuesto, si lo he dicho:
la muger que nunca reza
ni hace obras de caridad,
vamos, no puede ser buena.
Por eso anda siempre así
tan taciturna y tan tiesa.
Claro, si tiene el demonio
por dentro ¿no ha de estar séria?
Pobrecito don Enrique!
Por siempre bendita sea

la muger que en su marido
y en su casa solo piensa.
Cuidado con ir ahora
á fijarse en el veleta
de ese don Eduardo! Vamos,
como yo sepa algo...

ESCENA II

Elena.—Manuel.

Manuel Elena...
Elena Buenos dias.
Manuel ¿Y tu señora?
Elena Iré...
Manuel Si, no te detengas.
Dila que he venido y quiero,
antes de comer hoy, verla.
Elena Está bien. (Entra en el cuarto de María.)
Manuel Ah! Yo sabré
lo que ocurre. Mis sospechas
no eran infundadas, no;
mas antes que la tormenta
se desate, evitar debo
que en sus rayos nos envuelva.
Lo que me ha dicho Rosario
me afirma mas en la idea
que ya tenia formada
de Eduardo. Ah! Ese tronera
nos quiere dar un pesar
y evitarlo será fuerza.
¿Y la señora? (A Elena que aparece.)
Elena Un instante
suplica á V. se detenga.
Manuel Como!
Elena Tan solo un momento.
Manuel (Teme hablarme.)
Elena Está indispuesta
y por eso no ha salido
de seguida.

Manuel (Paseándose.) (Es la primera
vez que sabe que aquí estoy
y no sale al punto. Pruebas
son ya mas que suficientes.
Oh! Yo haré que se detenga.)
¿Está echada?

Elena No, señor,
escribiendo.

Manuel Hé!

Elena Desde esta
mañana se halla enredada
en esa misma tarea
y ya escribe ya lo rompe...

Manuel Bien, bien. (Si tanto lo piensa
aun hay remedio.) Y tu amo
¿salió ya de casa?

Elena Apenas
almorzó, tomó el sombrero
y se marchó.

Manuel Dí y ¿almuerza
solo ó con la señorita?

Elena (Qué preguntas!) Siempre espera
un rato, mas si no vá
la señora. .

Manuel Dime ¿y ella,
esperó anoche á su esposo?

Elena No, señor. (Creo que humea;
¿á que hay fuego en casa?)

Manuel Y, dime;
¿quien estuvo anoche á verla?

Elena Primero V.

Manuel Ya lo sé.

Elena Luego don Eduardo...

Manuel (Necia.)

Elena Luego...

Manuel ¿Quíen?

Elena Doña Rosario.
Luego...

Manuel ¿Hay mas?

Elena Si; dió otra vuelta
don Eduardo.
Manuel (Era verdad.)
¿Solo?
Elena Solo.
Manuel (Que vergüenza!
Enrique tiene la culpa.)
(Se pasea. Breve pausa.)
Elena Si me dá V. su licencia,
tengo que hacer y...
Manuel Si, vete
á tus quehaceres, mas cuenta
con referir nada de esto
á los señores.
Elena Yo...
Manuel (Dándole dinero.) Ea,
toma y cómprate un pañuelo.
Elena Mil gracias.
Manuel Mira; me resta
pedirte un favor.
Elena ¿A mí?
Manuel Si; escucha: como se acerca
el momento de marchar
á Paris, muy bien pudiera
ser que tu ama te encargase
de esas misiones diversas
tales como hacerle compras,
ó llevar una tarjeta,
ó... una carta...
Elena Si; señor.
Manuel Pues, en tal caso, quisiera
que antes de salir, bajases
á mi cuarto, y, dando muestra
de lo muy lista que eres,
con sigilo me advirtieras
de ello, porque me propongo
darles hoy una sorpresa,
y no quiero...
Elena Ya comprendo.

Manuel Pues, chito.
Elena Haré lo que ordena.

ESCENA III

Manuel—luego—**María.**

Manuel No hay mas remedio. Si Enrique
se apercibe!... Ah, voto á brios!
Quédese para los dos.
Yo le haré que rectifique
su conducta, si: yo haré
que me confiese de plano.
Es un proceder villano
que nunca permitiré.
María Tio Manuel... (Deteniéndose.)
Manuel Venga usté acá.
¿Porqué bajas la cabeza?
Vamos, habla con franqueza:
¿qué tíenes?
María Yo! nada.
Manuel Bah!
Nada! bonita razon
para salir de un apuro.
Tu tienes algo.
María (Turbada.) Lo juro;
nada tengo.
Manuel Que teson
de muger.
María (Pugnando por no llorar.) Cuando le digo...
Manuel (Con cariño y tomándole una mano.)
¿A qué entonces tal quebranto?
¿Porqué lloras y ese llanto
no lo compartes conmigo?
Dime toda la verdad;
quiero saber, hija mia...
María (Deshaciéndose de él.)
Yo... nada tengo.
Manuel (Con energía.) María,
te acusan de liviandad,

y es preciso que tu honor
salga de la prueba indemne.
Haz juramento solemne
de que es falso ese rumor.

María Tio Manuel! basta de agravio.

Manuel ¿Qué dices?

María ¿Con qué derecho
quiere V. sondar mi pecho?

Manuel ¡María!... deten el labio,
no prosigas. Si á tu ver
no dá derecho bastante
haber con afan constante
alimentado tu ser;
si yo, que al morir tu madre
te acogí desde tu infancia
y con tierna vigilancia
veinte años fui tu padre,
no tengo ante tus livianas
ideas, razon, sé discreta
cuando menos y respeta
la autoridad de mis canas.
En la virtud siempre fija
mi honradez, ya no reposa:
yo haré que diga la esposa
lo que no dice la hija. (Toma el sombrero.)

María ¡Tio Manuel!...

Manuel Temor no quepa
en mi.

María ¿Qué intenta!

Manuel ¿Qué intento!
Vas á saberlo al momento.
(Ya es preciso que lo sepa.)

ESCENA IV

María—luego—**Enrique.**

María ¿Qué va á hacer! ¿Qué se propone!
Dios mio; sí á Enrique cuenta!...
¿Quien pudo decirle?... Ah! si:

Rosario; su infame lengua
ha sido, no cabe duda,
mas no retrocedo. ¿Piensa
Enrique, acaso, que puedo
mirar con indiferencia
sus amores? Nunca, no.
Si ignora que su funesta
pasion conozco, el aviso
irá envuelto en mi vileza.
(Viniéndose hácia el sofá.)
Llegó el dia. Decidida
estoy, y sin embargo tiembla
mi corazon y palpita
cual si la hora postrimera
de mi vida se acercara.
Si en la razon quiero fuerzas
encontrar y la razon
es quien mas alto condena
mi delito, ¿qué es entonces
este recio afan que lleva
mi voluntad y la arrastra
en lucha con la conciencia?
¿Es el destino el que impulsa
mis pasos? ¿Porqué flaquea
entonces y en tal batalla
mi razon se desalienta? (Se sienta.)
Naturaleza ó destino,
fatalidad ó flaqueza,
con razon ó sin razon,
en la pendiente carrera
estoy yá que me conduce
á un fin que fatal se acerca,
término de este deseo,
venganza de aquella afrenta.
Astucia y serenidad.
(Toma un libro del velador, y despues de hojearlo un momento se detiene á leer.)

Enrique Vaya por Dios: Otra vuelta.
(Se dirige á la mesa de escribir y busca entre los papeles.)

María (Es él: tiemblo á pesar mio.)
Enrique ¿Habrase dado cabeza
mas infeliz? Ya tan tarde...
María (Busca el retrato.)
Enrique Por fuerza
debe estar aquí: yo mismo
le dejé sobre esta mesa
anoche. Es original!
María ¿Buscas algo? (Con intencion.)
Enrique (Sin dejar de buscar.) Ola! Me alegra
verte.
María (Trata de engañarme.)
Enrique ¿Has visto aquí una targeta
que?...
María Un retrato. (Con intencion.)
Enrique (Mirándola.) Justamente.
María Que dedicado á la vuelta
por ti á cierta Trinidad...
Enrique ¿Qué quiere decir á cierta?
Á cierto, dirás.
María ¿A cierto?
Enrique Claro, muger. ¿No te acuerdas
de Trinidad Alcócer
mi amigo?... Pero... que apuestas
á que has creido!... Já, já...
María Enrique!
Enrique Já, já... dispensa
muger, pero es tan gracioso
el quid pro quó! Já, já...
María (Levantándose.) Cesa
de reir, no sea, Enrique,
que en llanto el reir se vuelva.
Enrique ¿Qué quieres decir?
María ¿Qué quiero?
Que no me juzgues tan necia
que con tu risa fingida
me engañas.
Enrique ¿Por qué altanera
me hablas así? ¿Qué motivos

dí para que esa sospecha
abrigues un solo instante?
Ea, basta ya. Si es que intentas
ofenderme, saber debes
que yo no tolero ofensas.

María (Suplicante.)
Dime la verdad, Enrique!

Enrique (Saca la cartera y de ella una carta que dá á María.)
Toma esa carta y coteja
mis palabras con lo escrito.
(Pobrecilla! Le atormenta
la idea de una rival.)

María (Despues de leer con precipitacion algunos párrafos y de examinar la firma.)
(Ah!)

Enrique (Tomándole la carta y guardándola.)
¿Porqué, di, si eres buena,
no domas ese carácter
tan violento?

María Esa violencia...
debes comprender... que...

Enrique Si,
si lo comprendo, pero... ea,
se acabó; (Abrazándola.)
no hablemos mas
del asunto. Ahora quisiera
que me dés ese retrato
por que aguarda con la letra
el banquero de ahí enfrente
y como ya es tarde...

María Espera
un momento. (Entra en su cuarto.)

Enrique Asi me gusta.
(Saca un estuchito y lo abre.)
Ahora no; luego á la vuelta
se la daré. Esta sortija
le recordará... sus perlas
no valen lo que una lágrima
de mi María. Que bella

es! (Guarda el estuche.)
Mi vida toda es suya
que al salvarle la existencia
yo fuí quien vida me dí,
porque sin su amor, muriera.
Despues de todo, esa duda
fué tan natural...

María Ten.

Enrique Venga
y hasta dentro de un minuto.

María Yo evitaré su presencia.

ESCENA V

María.—luego **Elena.**

María Otra vez la liviandad
vencida por la ocasion;
otra vez la religion
triunfando de la impiedad.
Yo, víctima de mi empeño,
él, todo fé y confianza,
yo, la duda, él la esperanza,
yo, avergonzada, él risueño!
No, no hay nada que me venza;
cada momento que tardo
en escribir á Eduardo
es un siglo de vergüenza.
(Escribe llena de sobresalto.)
¿Dirá Elena! Ella tan buena
me vendería? no, no:
á mi lado se crió
y me quiere mucho. Elena.
(Al llamar toca el timbre.)
Que sonrojo! Hacer testigo
y sabedor de la cita
á un criado!

Elena Señorita?

María (Suplicante y con vivacidad.)
Mira... Elena...

Elena (Cuando digo
que aquí pasa algo.)

María Un favor
vas á hacerme.

Elena En lo que quepa.

María Pero que nadie lo sepa...
nadie, mas que tu. Un señor
que nos vino á visitar
anoche...

Elena (Estalló el petardo.)

María ¿Le conoces?

Elena Don Eduardo.

María Don Eduardo Salazar.

Elena Ya lo creo.

María Bien, pues ese
caballero... (qué diré!...)
Luego yo te esplicaré...

Elena Pero diga V.

María Si... (cese
mi temor.) Aunque se aparta
de la regla... un compromiso...
En fin Elena... es preciso
que le lleves... (Presentando la carta.)

Elena ¡Una carta!

María Solo, Elena, en ti confio,
en tí, que mas que criada
eres amiga estimada.

Elena (¿A que me mete en el lio?
Yo no voy.)

María (Dándosela.) Sin detenerte
vé; toma un coche, volando.
(Yo mientras quedo esperando
que se decida mi suerte.)

ESCENA VI

Elena—luego—**Enrique.**

Elena Cómo me lo figuré!
¿Y yo por qué no le he dicho

que no la llevo? ¡Que bicho!
Digo ¿le parece á usté?
Ponerme á mi en este trote!
Vamos, la que así porfia
por ser mala, merecía
que se la diera garrote.
Picardía semejante!
Si es más mala que el veneno:
Con un marido tan bueno
y querer á ese tunante!
Pero miren que tontera;
á quien le doy el papel
es al tio don Manuel
y que él haga lo que quiera.
(Va á marcharse y al ver entrar á Enrique, oculta la mano donde tiene la carta.)
(Ah!)

Enrique ¿Que es eso? ¿Que te pasa?
Elena ¿A mi?
Enrique ¿Qué escondes ahí?
¿Desde cuando para mi
hay secretos en mi casa?
Respóndeme.
Elena ¿Y no respondo?
Enrique ¿Qué ocultas con tanta pena?
¿No me respondes, Elena?
¿Qué escondes?
Elena Si nada escondo.
Enrique Mientes!
Elena Señor, si es que estaba...
si no tengo...
Enrique ¿Así me insultas?
Dame ese papel que ocultas.
Elena (Lo ha visto.)
Enrique Dámelo, acaba!
Elena Por Dios!
Enrique ¿Por qué es ese empeño
en ocultarlo? Responde,
habla.

Elena Señorito...: (donde
la esconderé.)

Enrique Soy tu dueño!
(Yo no sé por que sospecho,
pero la sospecha crece
y que me muerde parece
una víbora en el pecho.)
¡Dame ese papel!

Elena Señor!
Por Dios!

Enrique (Yendo á ella.). Si me lo has de dar.

Elena (Virgen santa del Pilar!)

Enrique Teme, Elena, mi furor!
Dámelo! Si es necesario
que me lo dés. (Forcegea con ella.)

Elena (Santa Marta!)

Enrique ¿Para quien es esa carta?

Elena Es... para doña Rosario.
(Corre á ella y se la entrega.)

ESCENA VII

Dichos.—**Rosario**—**María**

Enrique (¡Ah!)

Rosario Enrique!

María ¿Qué pasa aquí!

Rosario Está V. desfigurado. (Enrique le vuelve la espalda y vá á sentarse en su sillon; toma de la mesa un periódico y se pone á leer.)
(A María.) Chica ¿qué es lo que ha pasado?

Elena (A María.) Es que... la carta...
(Procurando hacerse comprender.)

María (¡Ay de mí!)

Elena Como entró la señorita....
y es para ella....

María (Que agonía!)
Te llamaba... te escribía...

Enrique (Se turba!)

Rosario Y vengo á la cita.

Como hoy haces el equipo,
mira tu si tienes suerte,
he venido para verte
y á la cita me anticipo.

María Entonces ya sin objeto
la carta.... (Alargando la mano.)

Rosario (Es para Eduardo.
Es cosa tuya y la guardo.

María (Dueña es ya de mi secreto.)

Rosario (Mirando á un lado y á otro.)
¿Pero por qué esta afliccion?
¿Qué pasa aqui?

Elena (Yo me voy.)

ESCENA VIII

Dichos menos **Elena**.

María Ya que has venido...

Rosario Aquí estoy
toda á tu disposicion. (Se sientan las dos en el sofá.)

Enrique (Yo la leeré.)

Rosario Con que, Enrique,
¿cuando es por fin el viage?

Enrique No sé.

Rosario ¿Aun le dura el corage?
Pero ¿á qué viene ese pique?

María (Cortando la conversacion.)
Digo, que habiendo venido,
te quedarás á comer,
¿no es verdad?

Rosario No puede ser,
hija.

María (Bajo á Rosario.) Por Dios te lo pido.

Rosario (Id. á María.) ¿Qué pasa?

María (Lo mismo.) Quédate y calla.

Rosario (Cayó en la red.) Si estás yerta!

María Calla!

Enrique (Que no salga cierta
la duda que aquí batalla.)

Rosario (A Enrique.) Está V. haciendo el oso.
(Se quita el sombrero.)
Enrique Porqué?
Rosario Esa cara...
Enrique No tal.
Rosario Hija, ¿porqué tan formal
se nos ha puesto tu esposo?
El siempre tan decidor,
tan jovial...
María (Levantándose.) (Ya es necesario.)
Si me permites, Rosario.
Rosario ¿Donde vas? al comedor
sin duda; vaya un cumplido:
si lo sé...
María Quieres callar!
(¿Se la dará?) (Deteniéndose.)
Enrique (Quiere hablar
con Rosario.)
Mi marido
te acompañará; no tardo.
Rosario (Parece que huye y se aparta...)
Enrique (Cómo obtener esa carta!)
María (Cómo avisar á Eduardo!)

ESCENA IX

Enrique.—Rosario.

Rosario ¿Qué está V. leyendo?
Enrique El lance
que V. nos refirió ayer...
Rosario ¿Lo de la pobre muger
muerta?
Enrique Si.
Rosario Vaya un percance.
Tambien es casualidad....
Enrique ¿El qué, Rosario?
Rosario El detalle
de que en esa misma calle
há un año....

Enrique (Con amargura.) Es raro en verdad.
Rosario Muy raro! La circunstancia
de hacer años que el marido
la salvó, para mi ha sido
lo de mayor importancia;
por lo demás, ya se vé,
un adulterio no es raro
en el dia. (Con intencion.)
Enrique (Ese descaro,
¿qué quiere decir?)
Rosario Usté
que tambien salvó á María,
verá mejor el horror...
Enrique Es claro! Mucho mejor!
(Por esa carta daría
toda mi existencia.)
Rosario (Veo
que ya tambien él sospecha;
pongamos fuego á la mecha.)
Y ahora que caigo! yo creo
que es hoy el aniversario
feliz!...
Enrique Si... precisamente.
Rosario (Se escapa por la tangente
y obligarle es necesario.)
(Comienza á oscurecer.)
Tal vez por eso María
me escribió...
Enrique Sin duda alguna.
Rosaeio (Probemos.) (Saca la carta.)
Que gran fortuna!
Y V. no la conocía
ni...
Enrique Lo mismo hubiera sido,
que en tan natural accion
cumplí con mi obligacion
socorriendo á un desvalido.
Rosario (Con mucha intencion.)
Pues hay á pesar de todo

quien ese arrojo no entiende.

Enrique (Desentendiéndose.)
Es que cada uno comprende
la caridad á su modo.

Rosario Si, yo la alcanzo tambien
pero con limitaciones.

Enrique Es decir: que haya jalones
que circunscriban el bien;
una especie de señal
que calme el honrado impulso;
médico que toma el pulso
para enterarse del mal.
Muy bien! si; de esa manera,
es verdad, hay quien la ejerce,
mas hay tambien quien no tuerce
su fé un instante siquiera. (Sigue oscureciendo.)

Rosario (Rompiendo el sobre maquinalmente.)
Sentir así no le es dable
á todo el mundo.

Enrique (Que afan
de abrirla. Ganas me dan
de ahogarla por miserable.)

ESCENA X

Dichos—**Elena** con un pliego cerrado.

Elena Señorito?

Enrique Quien?

Elena Soy yo.

Enrique Y ¿que quieres?

Elena Esta carta
que han traido para V.
ahora mismo, y al dejarla
dijo el mozo que era urgente
y se la diera...

Enrique Bien, dámela
y trae luces.

Elena Voy corriendo. (Vase.)

Enrique Es del ministro.

Rosario ¿Y qué aguarda
para abrirla? Yo no creo
que mi permiso...

Enrique Importancia
no tendrá seguramente.

Elena Sin embargo, puede...

Enrique Gracias.
(Abre el pliego. Elena entra con un quinqué que pone sobre la mesa de escribir, enciende los candelabros y vase.)

Rosario (Es la credencial: no hay duda
se van. Pero ¿y si mañana
se marcha él solo y María
se queda? No, no la mata
y así evito que Eduardo...
Es cosa hecha: mi traza
está bien urdida y cueste
lo que cueste, he de llevarla
á cabo.
(Pone la carta sobre el sofá ocultándola bajo el vestido.)
El duda y de fijo
la leerá.)

ESCENA XI

Dichos—**Manuel**—luego **María.**

Manuel ¿Cuando es la marcha?
He visto abajo un portero...
(Repara en Rosario y le dá la mano.)
Ola!...

Rosario Felices.

Enrique Escasas
son las horas que concede.

Manuel Pues me alegro. La tardanza
no te conviene.

Rosario ¿Y acaso
gente de cierta importancia

puede emprender un viaje
sin prepararse y?...

Enrique Que salga
me ordena, inmediatamente,
por el primer tren de Francia.

Manuel Pues no hay mas que obedecer.

Rosario Las señoras no viajan
como ustedes, y ese afan...

Manuel Qué afan ní qué calabazas;
lo que conviene es partir
y pronto.

Rosario (Yo haré que vaya.)
Lo digo por que si V.
se vá, quiero acompañarla
todo el tiempo que esté sola.
Ya vé V., yo no hago falta
ninguna en mi casa, y puedo
venir...

Manuel ¿Y que mas compaña
que su esposo?

Enrique Dice bien.

Manuel (Esta señora me carga.)

Rosario Sin embargo...

Enrique Lo agradezco.

Rosario No insisto.

María (Inútil batalla!
¿Como avisarle?)

Rosario (A María.) Muy bien!

María (Trae una silla y se sienta junto á Rosario. Enrique y Manuel hablan aparte.)
Dispénsame la tardanza,
pero he tenido que dar
algunas órdenes...

Rosario Nada,
como siempre; tu te empeñas
en no tener confianza
conmigo, y conseguirás
de ese modo, que tu casa
no pise mas.

María No merezco
tanto rigor, pero, causas
de ti muy bien conocidas,
me obligan hoy...

Rosario Basta, basta;
ya esas causas, felizmente,
cesaron.

María ¡Cómo!

Rosario Ahora acaba
de recibir tu marido
la orden de que sin tardanza
salgais para Francia, y creo...

María Tienes razon. ¡Dios lo haga!

Rosario Pero, vamos ¿no se come?
Teneis todos unas caras
de ajusticiados! já, já. (Se ponen de pié.)

María Y es verdad.

Rosario Ya no se guardan
las formas, ni á un convidado
se le atiende y agasaja
como es debido... Que tiempos!
Já, já!...
(Hace como que se arregla el vestido y mira al sofá para cerciorarse de que está allí la carta. María se dirige á la mesa y examina el pliego que ha dejado en ella Enrique.)

María Que buen humor gastas.

Enrique (Ofreciendo el brazo á Rosario.)
Cuando V. guste... (¡Ah!)
(Repara en la carta del sofá y, olvidándose de Rosario, se precipita á ella y la coge, ocultándola.)

Manuel (Observando á Enrique.) (¿Qué hace!)

Rosario (Desentendiéndose de Enrique.)
¿Vamos?

María Vamos.
(Rosario invita á María á que pase delante y toma del brazo á Manuel, que se aleja mirando á Enrique.)

Enrique ¡Honra!... calma.

ESCENA XII

Enrique—luego—Elena.

Enrique (Despues de leer toda la carta presa de la más viva agitacion.)
¡María! ¡Eduardo! ¡Ah, que horrible
verdad! Estalla mi frente.
No, no: quien lo diga miente!
No es posible; no es posible.
¿Ella así manchar su fama?
¿Puede caber tal maldad
en Maria? No es verdad,
no; mentira! ¡no le ama!
¿Mas como dudar mirando
estas cifras criminales
que como agudos puñales
están mi honor desgarrando?
¡Vil muger! Al casto abrigo
de mi fé, me deshonraba
con esa sierpe á quien daba
el dulce nombre de amigo!
Dame todo tu furor,
¡oh infierno! y tu ciencia estraña,
préstame toda tu saña
para matarlos mejor!
Inspírame tus pasiones
infernales, yház de suerte
que á un golpe mio, la muerte
hiele sus dos corazones! (Aparece Elena.)
¡Ah! ¿quien? (Ocultando la carta.)

Elena (Sorprendida.) Soy... vengo á decir...
que esperan...

Enrique Si. (Calma, honor!
Infamia!... dame valor
para empezar á fingir!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

La misma decoracion sin otra luz que la del quinqué.

ESCENA I

María.—Rosario por el foro.

Rosario Pero muger ¿qué adelantas
con llorar?

María Funesta noche!

Rosario (Quien había de pensar!...)
No sé como ese demontre
de carta se me ha perdido.

María El la tiene!

Rosario Pero entonces
¿como es que se ha ido al teatro
tan tranquilo? ¿No conoces
que si la hubiese leido,
él tan honrado, tan noble,
no se hubiera así marchado
sin decir oste ni moste?
Vaya, vaya; tranquilízate,

desecha vanos temores
y deja que los sucesos
vengan, que luego, conforme
se vayan desarrollando,
iremos viendo y...

María Que atroces
dudas!

Rosario Quita.

María En vano espero!

Rosario Quien sabe. Vamos: suponte
que la ha visto; ¿y qué?

María ¡Qué dices!

Rosario ¿No me has dicho que tu nombre
has omitido en la carta?

María ¿Pero y mi letra?

Rosario Que torpe!
Niegas que es tuya. Además:
¿es algun delito á un hombre
decirle, no venga V.
á mi casa? Quien se opone
á una cita, no delinque.

María La casada que de amores
es requerida, y escribe,
siempre delinque.

Rosario Conforme:
faltará si accede.

María No,
Rosario; en vano razones
acumulas. Mi delito
está patente y á voces
me lo dice el corazon.
¡Dios mio!

Rosario Vamos: reponte.
¿Vuelta á llorar?

María ¡Que vergüenza!
Si viene!... que horror!

Rosario No llores
que todo se compondrá.
¿Que hora es? Diablo! las once

han dado! Me voy á escape
á buscar á Eduardo.
(Toma el sombrero, de donde lo dejara el acto anterior, y se lo pone.)

María ¿Y donde
hallarle ahora?

Rosario En el Real.

María Que buena eres!

Rosario (Si; componte.
Por la cuenta que me tiene
que sinó...) Voy con el coche
en un vuelo.

María No sé como
pagarte tantos favores. (La besa.)

Rosario Bien, bien; basta! Adios.

María Rosario,
búscalo! Deten el golpe.

ESCENA II

María.—Elena.

María ¿Le encontrará? Dios lo quiera!

Elena Señorita?

María (Sobresaltada.) Ah! Quien! Responde,
quien es? ¿qué quieres decir?
Habla, dí!

Elena No se acongoje,
no es nadie.

María (Ay!)

Elena Vengo...

María ¿Y mi esposo?

Elena Aun no ha venido.

María (Temores,
cesad ya de atormentarme!)
¿Y la carta?

Elena No sé donde
pueda estar. Por mas que busco...

María Dios me valga!

Elena Ya la orden

de V. he dado al portero
para que por esta noche
no deje subir á nadie
de la calle.

María Bien.

Elena ¿Dispone
V. algo mas?

María No... vete.
(Pero, y si insiste? y si?...) Oye,
Elena.

Elena Mándeme V.

María Quiero que no me abandones
en este trance.

Elena Señora,
yo...

María Toda vez que conoces
lo que ocurre, tu has de ser
la que salvando mi nombre
de la afrenta que le aguarda,
cuides que no me sonroge
de nuevo con su presencia.
A todo evento, disponte
á rechazarlo.

Elena Le juro
que no entrará.

María Pecho noble
y generoso! (Tomándole una mano.)

Elena Señora!

María No es posible que se borre
de mi alma este recuerdo.
Cuanto te debo! (La abraza y llora.)

Elena (Llorando.) No toque
V. mas en ese punto
sinó quiere V. que llore
yo tambien. Despues de todo ..
fué un mal pensar... y si... porque
pensó V. mal un momento
vá V. á morirse, entonces...

María Ay! Tu no sabes, Elena,

cuán duras obligaciones
impone el deber de esposa!
sus culpas, cual son enormes!

Elena Bueno ¿y qué adelanta V.
con llorar? Bah! Si supone
que ha de venir, ahora mismo
me voy abajo, y sin voces
ni ruido, verá V. como...

María (Tomándole una mano.)
Dios premie tus intenciones.

ESCENA III

María.

(Se dirige al sofá pausadamente.)
¡Cuántas lágrimas produce
una irreflexion! Que enorme
sufrimiento es el delito!
sus placeres, que dolores!
(Se Sienta.)
Si, Enrique tiene esa carta,
no hay duda. Él sabe que hoy
es el sesto aniversario
de nuestra boda, en que pone
siempre una alhaja en mi alcoba,
y hoy, ah! ni siquiera flores!
ni una frase! ni un recuerdo!
(Breve pausa.)
Cómo ante mi vista corre
aquel dulce panorama
fecha de mis ilusiones!
Cómo latir siento el pecho
á los encontrados golpes
que me combaten! Dios mio!
(Con voz entrecortada por el llanto.)
Madre de los pecadores,
santísima Virgen pura,
refugio de les que ponen
en ti sus ojos, ampárame!

Contempla las aflixiones
de un alma descarriada
solo un momento, y acoge
benévola, santa Madre,
mi plegaria! No abandones
á esta infelíz que hoy su culpa
arrepentida conoce.
Lloraré mucho, si; el llanto
no hay pecado que no borre,
y yo quiero redimirme!
yo quiero que Enrique torne
á encontrar entre mis brazos
de nuestro amor los albores.
(Breve pausa.)
Imposible, no; yo he roto
mi felicidad! El choque
le habrá destrozado el pecho,
lo conozco! Cuan innoble
proceder! Me amaba tanto! (Breve pausa.)
¿Qué medio adoptar que estorbe
la venida de Eduardo?
Las horas pasan veloces
y... (Levantándose.)

ESCENA IV

María.—Manuel.

Manuel (Sola está.)
María (Sobrecogida de espanto.) ¡Ah! ¿Quien?
Manuel Soy yo.
María (Ay!)
Manuel (Tomándole una mano.)
¿Que has hecho, desdichada!
María ¡Piedad!
Manuel Estás deshonrada!
María Perdon, padre!
Manuel (Soltándola.) Padre no!
que si lo pude escuchar
en tu niñez pura y santa

hoy ese nombre, me espanta,
no me lo vuelvas á dar.

María Se lo juro: soy honrada!

Manuel Aparta!

María Fué un desvarío,
un error que el pecho mio
fraguó al juzgarme engañada.

Manuel Calla!

María A su instancia accedí
por los celos inducida,
pero luego, arrepentida,
una carta le escribi.

Manuel Celos!

María Si: su aguda flecha
rompió de mi fé el altar.

Manuel Desgraciado del hogar
donde brota una sospecha.

María Ah! sospecha que nos hiere
el corazon nos deshace:
cada sospecha que nace
es una ilusion que muere.

Manuel (Que hacer no sé.)

María ¿Y mi marido?

Manuel Todo lo sabe!

María ¡Ay de mi!
¿El tiene la carta!...

Manuel Si.
(Si entra, todo se ha perdido.)
María, sígueme.

María ¿A donde!

Manuel Conmigo: teme á tu esposo.

María Si el delito es siempre odioso
mas odioso es si se esconde.

Manuel Dices bien, mas...

María Mi maldad
fué la que infirió el agravio
y es justo que por mi labio
sepa toda la verdad,
que al verme en llanto sumida

y contrita del pecado,
aun puedo ser á su lado
Magdalena arrepentida.
Todo antes que el horror
del lance que se previene.

Manuel Feliz quien no se detiene
en la senda del honor.

María Yo imploraré su perdon;
estoy decidida.

Manuel Es tarde.

María Si mi proceder cobarde
laceró su corazon,
hoy de mi tendrá piedad
al contemplar mi agonía.

Manuel Tu culpa es mucha, María.

María Pero es mayor su bondad.

Manuel Temo por ti. Ven conmigo
y evita su justa saña.
El furor su mente empaña
y horribles dudas abrigo.

María Fio en que Dios me proteja.

Manuel Teme su presencia adusta;
su saña es justa.

María Si es justa
no exalaré ni una queja.

Manuel ¿Tendrás valor?

María Lo tendré,
que el justo siempre perdona:
pero si V. me abandona...

Manuel No, no te abandonaré.
Yo le haré ver que un tupido
velo turba su razon.

Maria Si.

Manuel Yo obtendré su perdon.
(Disponiéndose á marchar.)

ESCENA V

Dichos—Rosario.

Rosario Voló el pájaro del nido.
(Ah!) (Reparando en Manuel.)
Manuel (¿Otra vez esta muger
aquí!)
María (Cortada.) Rosario...
Rosario (Dándole la mano.) María...
Manuel Me retiro.
Rosario (Bajo á María.) No sabía...
María (Id. á Rosario.)
Lo sabe ya.
Manuel Hasta mas ver.
(No me alejaré de aquí.)

ESCENA VI

María.—Rosario.

Rosario Me pilló!
María ¿Le viste?
Rosario No.
María ¿Donde verle?
Rosario Que se yo.
María Pero, no digiste?
Rosario Si,
y estaba, pero ha salido,
segun me dijo nn portero,
hace un momento, y yo infiero...
María ¿Qué!
Rosario Que todo se ha perdido.
María ¡Dios me asista!
Rosario ¿Donde hallarle?
¿Como evitar su venida?
María Rosario, vé por tu vida;
vuelve otra vez á buscarle.
Haz que no venga, porque
de venir!... lance funesto!

Evítalo.

Rosario Por supuesto:
no que no lo evitaré.
Hasta luego. (Hace que se vá y vuelve.)

Maria Triste sino!
Quiera Dios que no le vea.

Rosario Ah! Se me ocurre una idea:
sin duda está en el Casino.
Allí se pasa la noche.

Maria Anda, pues; no te detengas.

Rosario Yo volveré.

Maria Si, que vengas.

Rosario (De esta hecha truena el coche.) (El mismo juego.)
Ah! mira: por si á venir
se atreve, aunque no lo espero,
diré de paso al portero
que no le deje subir.

Maria Si.

Rosario Me ocurre otro detalle. (El mismo juego.)
Si viene, que te repongas
y sin vacilar le pongas
de patitas en la calle.
De ese modo al despacharle
no creo que vuelva.

Maria Si.

Rosario (Hum! No me fío de tí:
lo mejor será buscarle.)

Maria (Yendo hacia el fondo.)
La vida, mas que la vida
te deberé.

Rosario Que tontuna.

Maria Oh! si.

Rosario ¿Pues á qué está una?
Lástima fuera: descuida.
Si está, yo le haré que salga...

Maria Siento pasos! ¿No has oido?

Rosario ¿Quien podrá ser?

Maria ¡Mi marido!

Rosario (Ah! respiro.)

María Dios me valga!
Rosario Pero ¿porqué ese temor?
María Si te vé aquí...
Rosario No seas boba.
Vamos, entra y por tu alcoba
saldremos al corredor.

ESCENA VII

Enrique, muy pensativo.

Tan repentino salir
y en tan opuesto sentido
de mi casa! ¿Donde ha ido?
¿será que no ha de venir?
¿Pudo acaso presumir
que allí!... No, vanos antojos.
Es que observó los enojos
que me causó su presencia;
es, que leyó su sentencia
de muerte escrita en mis ojos!

Mensageros del averno
ante los que huye la dicha;
heraldos de la desdicha
que al mundo envía el infierno;
del honor baldon eterno,
llaga social siempre abierta,
en vano es vivir alerta
contra esos hombres protervos
que acuden como los cuervos
al olor de una honra muerta.

¿Y ella? ¡Infame! ¿Así los lazos
cortas de la confianza!
¿Así matas la esperanza
del bien que soñé en tus brazos!
¿Porqué rompes en pedazos
un pecho de amores lleno!
¡Desgraciado el que en su seno
abriga al áspid sutil!

La gratitud del reptil
siempre se cobra en veneno.

(Saca la carta.)

Cifras que tanto adoré
¿porqué espejo trasparente
sois ahora, en que mi frente
triste, manchada se vé?
Recuerdo de lo que fué,
presente que me horroriza;
á ser verdad que electriza
el fuego de ojos humanos,
solo fuérais en mis manos
un puñado de ceniza!

¡Sangre! Con sangre tan solo
puedo lavar esta afrenta.
Ruja ya, pues, la tormenta
que amasaron con su dolo.
¿Si á mi furor los inmolo,
seré yo el culpable? No!
Si el que un crimen cometió
responsable es de su duelo,
quien les castiga, es el cielo,
y en nombre del cielo, yo.

(Guarda la carta y se dirige á la mesa de escritorio, de uno de cuyos cajones toma una pistola.)

Ven acá, hierro homicida;
ven, que tu materia inerte,
por mi honor hoy dando muerte,
vá á darle á mi honor la vida.
Si en tu seno está escondida
la muerte que vas á dar,
y escondiendo fuego, al par
tu esterior es frio, ven
y enséñame á mi tambien
cómo el mio he de ocultar.

(Pone la pistola en su sitio.)

Calma, si; que no me arguya
luego si pierdo la calma.

Quiero ver si hay algun alma
mas infame que la suya!
(Toca el timbre y se sienta en el sillon.)
Elena. (Vuelve á tocar.)
¡Nadie responde!
¡Que es esto! (Se pone de pié.)

ESCENA VIII

Enrique.—María, por la puerta de su cuarto.

Enrique (Ah!)
María (Con temor.) ¿Me llamabas?
Enrique Si.
María ¿Qué quieres? (Con dulzura.)
Enrique ¿Donde estabas?
María ¿Que donde estaba!
Enrique Si, donde?
María Ay!
Enrique ¿Porqué tal afliccion?
Rie cual yo. De honor las brisas,
no percibes?
María Hay sonrisas
que hielan el corazon.
Te ruego por caridad...
Enrique ¿Que dices? ¿Porque suplicas?
María Ah! Mi angustia así duplicas.
Enrique Que la duplico! Es verdad.
¿Quien se opone á los antojos
de una esposa vil é impura?
La impureza, por ventura,
¿nos debe causar enojos?
¿Quien á su muger liviana
se atreverá á molestar
aunque la vea tirar
el honor por la ventana?
María ¡Enrique!... (Suplicante.)
Enrique (Con ansiedad.) Sigue.
María (Turbada.) No sé...
Enrique Te escucho... (Con interés creciente.)

María ¡Qué hé de decir!
Enrique Miente!... y, si sabes mentir,
quizás te perdonaré.
Prueba que este infame escrito
no es obra tuya... (Mostrándole la carta.)
María (Dá un grito y cae de rodillas sollozando.)
¡Ah! ¡Perdon!
Enrique Miserable condicion!
Siempre es cobarde el delito!
Alza y dime sin temor
lo que has hecho de mi fé!
sepa yo al menos, porqué
me arrebataste el honor.
Alza: tu llanto reposa
y habla franca por tu vida;
mas te quiero envilecida
que hipócrita vergonzosa.
María ¡Ay!
Enrique Suspende ya ese duelo
inútil y alza la frente.
Cesa de ser la serpiente
que se arrastra por el suelo.
María (Poniéndose de pié.)
Basta ya de humillacion,
Enrique. No tan malvada
me juzgues: aun soy honrada,
Enrique ¡Honrada!
María (Muy conmovida.) Presta atencion.
¡Recuerda nuestros amores!
Yo era niña todavía
y solo amor y colores
y vida y luz y primores
en mi derredor veía.
Tierna, gentil mariposa
de tan risueño vergel,
giraba en él ufanosa,
y allá en mis sueños de rosa
tan solo pensaba en él.
Así pasaban los años,

y mi casta fantasía,
sin comprender los amaños
del mundo, ni sus engaños,
feliz con su amor vivía.
Esos tétricos celages
que ahora mira mi experiencia,
á mi vista, solo encages
eran, y bellos ropages
de la luz de mi existencia.
¿Porqué, porqué á conocerte
llegué en hora fementida?
¡Ay! ¿Porqué la vária suerte
dándome temprana muerte
no me dió la eterna vida!
¿Porqué aquel dia la bruma
cerró la arenosa playa,
y el blanco feston de pluma,
que sumiso se desmaya,
se alzó en montañas de espuma!
¿Porqué, porqué tu heroismo
movió la segura planta!
¿Porqué tu virtud, que es tanta,
no dejó que el hondo abismo
anudara mi garganta!
Cuando muda y anhelante,
vuelta del pérfido sueño,
ví tu pálido semblante,
mi corazon palpitante
de orgullo, te hizo su dueño.
¡Ah! funesto error!

Enrique (*Con ira reconcentrada.*) Acaba.

María Lo que sintió el pecho mio
no fué amor. Al desvarío
del orgullo, se olvidaba
que era de otro su albedrío.

Enrique Sigue.

María ¡Ay! Solo en tu presencia
vé una triste pecadora
que perdon sumisa implora!

sé tu el juez de su conciencia,
pero no olvides que llora.
Sin hijos y sin ventura,
sin fé, su insistencia, todo
labró al fin mi desventura,
pero no me hundí en el lodo;
no, Enrique! mi alma está pura!
Ayer ¡triste ayer! mi frente
ardía; el fiero latido
del pecho, en rumor creciente,
semejaba un mar hirviente
por mil vientos combatido.
Vi tu retrato: un ultrage
sospeché, y... ¡hora maldita!
tu falso libertinage
alas dió á mi vil corage
y accedí á su impura cita.

Enrique Y!... ¿qué mas? (Conteniéndose.)

María Llena de espanto
ví el error y rompí el yugo
que al azar formar le plugo:
le escribí. Si mas quebranto
merezco, sé mi verdugo.

Enrique ¡Verdugo! si. Tu pecado
solo con sangre se esmalta,
y pues que tu te has juzgado
y la pena señalado,
juez no, verdugo hace falta.
¿Donde está la luz radiante
que tomaba la mañana
de tu pupila brillante!
¿Donde las tintas de grana
que adornaban tu semblante!
¿Es que tal vez sin razon
mi orgullo ciego te inculpa?
¿Y calla tu corazon!
Esa muda agitacion
es la prueba de tu culpa.
Del paraiso encantado
de mi amor ¿porqué las flores

segaste? ¿Porqué has trocado
en cubil amancillado
el templo de mis amores?
¡Ah! Ni aun lloras! Di porqué
pálida, envuelta en misterio
profundo, no habla tu fé!
Así es como yo soñé
la imagen del adulterio.

María Perdon!

Enrique Mi furor estalla!

María Perdon!

Enrique En vano lo esperes.

María ¡Enrique! (Asiéndole de un brazo.)

Enrique Culpada eres!...

(Se oyen dentro las voces de Manuel y Eduardo, que dicen breves frases.)

Eduardo (Dentro.) Mentís.

María (Cayendo de rodillas.) ¡Dios me asista!

Enrique (Tapándole la boca.) Calla!

(Momento solemne y brevísimo de estupor. María, anhelante y con la vista fija y espantada, mira al público; Enrique, sin dejar su actitud, mira hácia el foro. De repente suena un pistoletazo donde se supone estar la escalera y María dá un grito. Enrique la suelta y corre frenético al foro; María trata de seguirlo, vacila y cae desmayada. Pausa muy breve. Aparece Enrique de nuevo, acompañado de Manuèl que lo empuja hácia la escena.)

ESCENA IX

María.—Enrique.—Manuel.

Enrique ¡Era él! Mudo anhelante,
con la faz desfigurada!
¡El fuego de mi mirada
iluminó su semblante!

María Ay! (Volviendo en sí.)

Enrique Te brindé gozo eterno
y mi hogar has mancillado!
(Llevándola á la puerta del foro.)

¡Mira los frutos que ha dado
tu impuro amor del infierno!
Una turba que se agita
en nuestra casa á deshora;
abajo, gente que llora
y un cadaver que aun palpita.

María ¡Muerto! (Volviendo á la escena.)

Manuel Si, yo le maté;
entró, le hablé, de repente
me amenazó, y en su frente
mi revólver disparé.
Así el crimen se derrumba
por que de Dios es maldito.
¡Cada paso hácia el delito
es un paso hácia la tumba!

María (A Enrique.)
Pues hiere, si es mi destino!

Enrique No, que el cielo me inspiró!
Huye, vete, aparta, no,
no quiero ser asesino.

María Mátame!

Enrique Inútil lamento;
aparta de mi presencia:
¡sea tu juez, tu conciencia,
tu pena, el remordimiento!
Al dejar mi honra manchada
todo acabó entre los dos!
¡Adios para siempre! ¡Adios!
(María cae de rodillas sollozando. Enrique y Manuel se van por el foro, deteniéndose un momento á contemplarla.)
¡Desdichada!

Manuel ¡Desdichada!

FIN DEL DRAMA.

